

No más normalidad

Manuel Gallarzo Medina



e esta pandemia por el COVID-19 y sus consecuencias se hablará, se escribirá y se cantará por mucho tiempo. Nadie de las generaciones de posguerra habíamos vivido algo semejante. Es cierto que a partir de entonces han existido guerras, crisis económicas, enfermedades y desastres naturales, pero nada semejante, nada que fuera capaz de detener el mundo, capaz de reordenar las prioridades de todos, absolutamente todos. Por primera vez en mi vida veo que todas las razas, todos los estratos sociales, las religiones, coinciden en la prioridad de preservar la salud y la vida.

Para nadie ha sido fácil renunciar a la *normalidad*, porque la normalidad no sorprende, es la falta de esta lo que nos toma por desconcierta. O dicho en palabras de Vincent Van Gogh, la normalidad es un camino pavimentado por el que es fácil caminar, pero nunca habrá flores en él. La vida nos impuso una pausa obligada, y quizá lo que nos molesta es que ni siquiera nos haya preguntado nuestra opinión.

Ante esta situación, es inevitable que vengan a nuestra mente pensamientos de incertidumbre y temor. No lo pode-



mos evitar, pero lo que sí podemos hacer, es decidir a qué pensamientos les damos salida.

¿Qué es lo que nos asusta de esta pandemia? Muchos responderíamos que perder aquello que amamos y que son importantes para nosotros, como la familia, la salud, el trabajo, la vida misma. En el fondo, eso siempre ha estado en riesgo, lo que tenemos miedo a perder es la libertad de seguir haciendo lo que nos gusta, viviendo como vivimos. No nos gusta que nada ni nadie nos imponga restricciones.

Pero también es la oportunidad para desarrollar un nuevo modelo de pensamiento. Podríamos, por ejemplo, reconsiderar eso que llamamos libertad. Esta es una paradoja, porque para ser libre hay que ser esclavo de algo. Un nuevo modelo de pensamiento significa renovar nuestro entendimiento, reinventarse, filtrar todo pensamiento a estándares menos egocéntricos y personalistas, algo de valor universal.

Reinventarse significa dar una mirada retrospectiva para ver en qué hemos estado gastando nuestros recursos, nuestro tiempo, en qué se nos ha ido la vida. Si la adversidad nos da la respuesta, habría que considerarla y voltear la vista a aquellas cosas que no son efímeras y superfluas.

¿Y por qué precisamente cambiar hoy, en medio de una terrible plaga que está matando a miles de personas en el mundo, que ha cerrado las fábricas, que ha desnudado la fragilidad de la ciencia y la tecnología? Porque históricamente todos los grandes saltos que ha dado la humanidad en cosas trascendentales han sido en medio de la adversidad. Por alguna extraña razón cuando todo está bien la creatividad no funciona al mismo nivel y la inteligencia no despierta tan temprano.

Yo no tengo la menor duda de que existe bondad en la gente. Pero no es esa que vemos en las redes sociales cuando



la gente se apoya y se quita la camisa para ayudar a alguien en desgracia. Nos gusta pensar que somos solidarios. Pero la historia nos muestra que, en el fondo, los humanos se solidarizan no por amor al prójimo, sino para que pronto las cosas vuelvan a la normalidad y seguir haciendo lo de siempre. Esa normalidad de la que hablamos al principio.

¿Por qué nos asusta? No es porque se ponga en riesgo aquello que amamos: la familia, el trabajo, la salud, la vida, sino porque creíamos que todo eso estaba bajo mi control y resulta que no es cierto. Resulta que en medio de esto de nada sirve lo que sabemos, lo que podemos o lo que tenemos. Nos creemos dueños del mañana, cuando solo somos dueños de un instante. La vida es un proceso compuesto de miles de eventos y solo tenemos el poder de decisión de un instante, no más.

Ningún ser vivo está en este planeta por casualidad. Todos nacemos equipados con un set de herramientas útiles para el lugar y el tiempo que nos tocó vivir. No descubrirlas y no desplegarlas a lo máximo es un despropósito.

En esta pausa he aprendido muchas cosas y espero tener el valor para que, una vez que termine, nunca vuelva a ser normal, nunca ser igual. No es el fin del mundo lo que me asusta, lo que me asusta es que una vez pasado todo esto el mundo siga igual. No fue una guerra nuclear, no fue una invasión alienígena, fue un virus lo que me convenció de que, a partir de esto, la sociedad debe cambiar, el trabajo, la escuela y hasta la iglesia debe dejar de amoldarse a la normalidad.

Piénsenlo. Las cosas que realmente valen la pena no son cosas.

Día del señor 27 de abril de 2020.

